

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Del bolcheviquismo en Rusia

Dice G. Le Bon, en su «Psicología del socialismo», que el desconocimiento de la evolución social explica el que, sobre todo en los países latinos, haya muchas gentes que crean posible transformar rápidamente el mundo por medio de leyes fundadas en la razón e inspiradas en un ideal de nivelación, de regularidad y de justicia.

Añade Le Bon que esta teoría no puede sostenerse, pero que tampoco debe desdenarse, porque constituye un móvil de acción de gran fuerza destructora, y, por consecuencia, muy temible.

«La destrucción de una sociedad puede ser muy rápida; mas su reconstitución es siempre muy lenta. A veces necesita el hombre siglos de esfuerzos para reedificar pensadamente lo que destruye en un día.»

«Estas líneas, escritas hace ya veinte años, parecen presentar ya los sucesos que se desarrollan actualmente en el antiguo imperio moscovita y el estado de ánimo de las demagogias socialistas en gran parte de Europa.»

Hay una enorme diferencia entre la revolución política, que se limita a cambiar la forma de gobierno y los derechos políticos de los ciudadanos, y la revolución social, que aspira a cambiar la vida misma de la sociedad en sus más esenciales relaciones.

El orden político es algo superpuesto, algo en cierto modo exterior a la vida social en sus más fundamentales caracteres. La familia, la propiedad y el trabajo son la constitución interna de los pueblos, son la base firme, obra de muchas generaciones, del orden social.

En el primero, la acción revolucionaria no reviste la trascendencia ni la gravedad que lleva consigo la acción revolucionaria, que pretende destruir violentamente la estructura económica de los pueblos.

Las revoluciones, sólo por excepción pueden ser un bien, cuando no hay otro medio de derribar un régimen de opresión y de injusticia. Pero si la revolu-

ción, en vez de limitarse a extirpar los abusos, subvierte y destruye lo que es a la vez cimiento y trama de la organización social, provoca la anarquía, que, por la fuerza de las cosas y por la necesidad de conservación, lleva siempre a la dictadura.

Las reformas, para conseguirse, necesitan responder a las necesidades y a las condiciones de los pueblos. De lo contrario, no echan raíces o son un simple simulacro, con todos los inconvenientes de lo falso y ficticio. Buena prueba de esto es cómo han vivido y cómo viven aún en nuestro país las «conquistas» democráticas: el Jurado y el sufragio universal.

Sólo mediante la reforma sincera, vigorosa, pero viable y gradual, de las relaciones económicas—del régimen de la propiedad, del trabajo, de la industria, del comercio y del tributo—podrá alcanzarse ese estado superior de justicia y de bienestar general que todos anhelamos. La acción violenta, al desorganizar el complejo organismo de la vida económica, que necesita de la división de funciones y de estímulo de móviles que no se pueden sustituir por imposición de la fuerza, sea cualquiera su forma, lo destruye todo.

Algún día daremos a conocer cómo ha fracasado el lamentable ensayo de comunismo en Rusia; cómo el mismo Lenin, en un discurso pronunciado en abril de 1918, confesaba que era preciso recurrir al antiguo sistema y remunerar con altas asignaciones los servicios de los mejores especialistas burgueses, y cómo se ha demostrado una vez más que toda tentativa de transformar la organización social destruyendo el conjunto de enlaces, de relaciones, de iniciativas y de hábitos en que se funda es una verdadera insensatez. No son sólo las altas clases las que han sido condenadas a la penuria y al hambre; son todas. Claro está que los más castigados han sido los intelectuales y burgueses.

Es curioso saber cómo distribuján en Petrogrado los artículos e mercancías en 1918. Se formaban cuatro categorías. La prime-

ra se componía de guardias rojos y obreros; a segunda, de pequeños empleados y criados; la tercera, de funcionarios del antiguo régimen, y la cuarta, de intelectuales y burgueses. Estos recibían, generalmente, la mitad o la cuarta parte de la ración alimenticia que se destinaba a los primeros. A fines de agosto, los pertenecientes a la primera categoría recibían cada día media libra de pan y cinco arenques; los de la segunda clase, un cuarto de libra de pan y cinco arenques; los de la tercera, un octavo de libra de pan y tres arenques, y los de la cuarta, sólo tres arenques.

El 22 de septiembre se distribuía para dos días: a la primera categoría, una libra de pan; a la segunda, tres cuartos de libra; a la tercera, media libra, y a la cuarta, un cuarto de libra.

Son datos tomados del «Pravda», de Moscovia.

El día 1 de Mayo, en la manifestación socialista de Madrid, se exhibió un gran rótulo con la inscripción de «Viva Rusia!». La revista ilustrada *The Sphere*, de Londres, con el título de «Tipos de obreros y socialistas españoles vitoreando los éxitos y alegrías del bolcheviquismo», publicaba en su último número un grabado en el que aparece a manifestación que lleva a su frente a los jefes, y tras de ellos y sobre la multitud el letrero de «Viva Rusia!». La revista inglesa escribe debajo del grabado lo siguiente: «El ministro de Servia en Rusia, señor J. Spalarkovich, afirma en la *Pall Mall Gazette* que el bolcheviquismo está en la agonía.» La dictadura del proletariado—dice—significa la igualdad de miseria para todos, la autoeradicación de los más viles de los hombres. En el siniestro espectáculo que ha pasado ante mis ojos en Rusia, he presenciado cuadros de vileza, horror (hideos), obra de degenerados, malhechores y vagabundos. Lo más bajo de lo más bajo, ayudado por el hambre y el terror, ejercía el poder supremo. Las ejecuciones se llevaban a cabo incessantemente y sin ningún procedimiento judicial. Allí no hay producción, ni comercio, ni industria, salvo la de fabricación

de papel moneda. Lenin, hombre de genio pervertido, ha llegado a dominar el arte de manejar los más bajos instintos. El pueblo reconoce ya que todo régimen es mejor que semejante régimen.»

Y qué hombres de situación y de estudio como Besteiro y Verdes Montenegro se dejan llevar de estas doctrinas a las que no se hubiera asociado seguramente un Jauret; no se hubiera asociado un Jaime Vera, cuyo vigoroso entendimiento no tiene, por lo visto, continuadores en el socialismo español, que nunca tuvo el carácter comunista.

EDUARDO SANZ Y ECARTIN.

Estudios Sociales

Il faut savoir porter l, hat il, dicen los franceses:

«Es necesario saber llevar el traje.»

Y decía don Severo Catalina:

«Mientras más se esfuerzan los hombres en denostar a las mujeres, parece que ponen más empeño en parecerse a ellas.»

Mientras mayores agravios reciben las mujeres de los hombres, parece que ponen más empeño en asemejarse a ellos.

Una mujer con corbata, chaleco y levita oscura; y un hombre con chavetito, melézar, americana entallada o *gabán con triabilla*, tienen mucho que enseñar.

Y digo yo: Tienen que entender que uno y otra están al margen de su género... gramatical.

Ambos se empeñan en forzar la nota, en busca del *chic*, de la apetecida *visibilidad*, y los desconocen que el *santo temor al ridículo* es el principio supremo de la elegancia.

Del vestido sólo vale quien lo lleva.

La mejor manera de valorarlo es llevarlo con naturalidad.

«El hombre que sale a la calle como *biblot* de su bitrina, con sus botas relucientes, y sus guantes mancha / *rosés*, está en el fondo, más lejos de la elegancia que un cañonero que sabe llevar con desenfado su saco de carbón sobre sus hombros.»

Ha dicho alguien:

«El *dandy* y la *trousse* son ya plaga en nuestra sociedad.»

Hay un supremo elemento en que la mujer consiente en el año